CASTILNOVO (1539)

POR

LUYS SANTA MARINA

Seis lustros largos antes de la Santa Liga, que culminó en Lepanto, hubo otra de más infeliz suerte, terminada en la inmolación gloriosa de unos soldados de los viejos tercios españoles en Castilnovo de Dalmacia.

Los mismos poderes se enfrentaron en ambas con el Turco, peligro universal entonces: Venecia, la Santa Sede y España. No es casual azar, sino una permanencia del riesgo común; obsérvase en ambas la ausencia de otras naciones de Occidente, bien distraídas en sus propios afanes, ya en sinuosa amistad con los otomanos.

Ello fué que a más de fortificar cada cual sus costas lo mejor que pudo, el 8 de febrero de 1538 se publicó en Roma la liga. Carlos V ofreció 82 galeras; Venecia, otras tantas, y el Papa, 36. La mitad de los gastos los sufragaba España; de la otra mitad, dos tercios Venecia y uno la Santa Sede.

Los jefes eran de renombre: Andrea Doria por el César, Vicente Capelo por Venecia, y por el Papa, Marco Grimaldi, patriarca de Aquilaya—sobrino del general veneciano—, y como coadjutor, Poulo Justiniano. La gente de desembarco iba a las órdenes de Fernando o Ferrante de Gonzaga—águilas negras y cruz potenzada de gules—, visorrey de Sicilia, hijo segundo del Marqués de Mantua y la famosa Isabel de Este.

Cuando llegó la hora de la verdad, algo hubo que rebajar, como siempre pasa: España dió 49; Venecia, 55, y Roma, 27. Total, 131, en vez de las 200 proyectadas. Los leños auxiliares llegaban a 250. Los cincuenta mil soldados, quedáronse en dieciséis mil: cinco mil italianos y once mil españoles, gente de pro de las fronterías africanas y de aquel magnífico ejército de Lombardía con el que el César, en lucha contra todos, venció en Pavía y saqueó Roma hacía un puñado de años.

Los turcos no dormían. Barbarroja, con ciento treinta galeras, atacó Candía. Andrea Griti se defendió como veneciano, a lo zorro, con algún que otro zarpazo del león de San Marcos. Jugó bien su artillería y le rechazó con pérdida absoluta de cuantos hombres echara en la isla para robar la tierra. Siguió de allí a Sicilia, y, salvo algu-

nas quemas de lugares abandonados, no hizo cosa mayor. Malcontento dió la vuelta hacia Modón en Morea y, costeando hacia el Norte, recaló en Prevesa, a la entrada del golfo de Arta.

Gonzaga quiso desembarcar allí y cerrar la salida del golfo hundiendo naves cargadas de piedra. Doria se opuso, corría septiembre y el reembarco de las fuerzas—probable por las muchas tropas enemigas situadas en la comarca—se convertiría en desastre a poco que apretara la mar. Gonzaga se quedó solo, pues también el de Aquileya y Capelo temían los temporales. Se destacaron naves en descubierta hacia la flota turca.

Barbarroja, por su parte, tampoco buscaba el combate. Arrimó a la costa las popas de galeras y galeones para perder los leños, pero salvar al menos los hombres, si los cristianos, más fuertes ahora, se le echaban encima. Monuc, un eunuco favorito de Solimán, le llamó cobarde: árboles y hombres tenía el Gran Señor para echar a la mar si la flota se perdía en batalla.

Escocióle a Karedín la espolada, y dijo a Salac:

—Vamos a ellos, a pesar de la ventaja que tienen; no vuelva a acusarnos de timidez ese medio mujer.

Largó bandera, y salió con la flota en tres cuerpos: el cuerpo derecho le mandó Tabac; el izquierdo, Salac, y él, el centro.

Doria, que había rebasado el golfo de Arta, viró hacia ellos, puestas las entenas en batalla—es decir, horizontales y en lo alto de los mástiles, signo de lucha por aquel entonces—, pero quería atraerlos a alta mar, hizo y deshizo maniobras, muy hábiles quizá en buena táctica marinera, pero muy inoportunas, pues, aprovechando la dispersión de las naves cristianas, Turgut—o séase Dragut—cayó con dieciséis galeras y seis galeotas sobre el galeón veneciano de Bondomier—el navío más poderoso de ambas flotas, alto como un farallón y erizado de cañones—; nos capturaron una nave y quemaron otras dos del Papa; Salac por su parte apresó a otras tantas venecianas. No fué mayor la pérdida gracias al coraje de una nave española, que aguantó el choque de ochenta y cinco galeras y fustas, y a un oportuno temporal, quien mancomunado con la noche separó a los combatientes: Barbarroja retornó a Prevesa y Doria rumbeó a Corfú y surtió en el puerto de la Gomeniza.

El episodio de esta nave bien vale contarse. Durante tres horas, la cañoncaron las galeras turcas; había quedado zaguera, junto con las atacadas, y como nada de provecho lograban, decidieron abordarla. La mandaba el vizcaíno Machín de Monguía, alférez en la empresa de Túnez, capitán luego del Tercio de Garcilaso. Repartió por

la nao su compañía: doscientos arcabuceros y cien coscletes, ocultos tras las ballesteras, crujías y arrambadas, con orden de no mostrarse ni tirar hasta el punto crudo del abordaje. Lanzáronse a boga contra aquel navío silencioso y huraño, maltrecho por el cañoneo. Aferráronle, treparon por las jarcias los marineros de blancos turbantes listados de rojo, fajas azules y amplios bombachos grana, pecho y brazos desnudos, blandiendo los terribles yataganes. Como por ensalmo, aparecieron Machín y los suyos, y la nave taciturna vomitó hierro de cofa a amurada: arcabuces, cañones, botafuegos, alcancías y todo lo demás que se suele disponer «para tales tiempos y tales bodas», jugaron con presteza tal que parecía cosa de encantamiento.

Desviáronse los bajeles turcos cargados de sangre y muertos con la rociada, bien castigada su obra muerta por la tormentaria. Y Dragut envióle al capitán de una galera, diciéndole se rindiese al Gran Turco, quien «le haría grandes mercedes». Díjole Machín se fuese en buena hora, que el ya tenía buen señor a quien servir, y en cuanto a rendirse, ni por pienso.

Dragut, aunque hecho un basilisco, no perdió la cabeza y decidió acabar con aquellos diablos a lombardazo y tente tieso. Sus cincuenta galeras, más galeotas y justas enfilaron su cañonería contra la indómita nave; segáronle el palo mayor y le arrancaron el gobernalle y todo el trapío quedó hecho jirones; perdió su alférez y veinte hombres, amén de treinta heridos, por las balas y las astillas que hacían saltar los proyectiles. El resultó llagado y magullado como disciplinante, pero sin nada grave. Al fin cerró la noche de aquel veintisiete de septiembre, día de San Cosme y San Damián—viernes, por más señas—, y por digno remate vino la tormenta, con golpe de chubascos, maretadas y truenos y relámpagos. Los turcos, tras una tentativa fallida de envestirla con una nave veneciana apresada, pues sus galeras no se atrevía a arrimarse, dejaron que se hundiese sola. En el sálvese el que pueda, la nao—el casco hecho una criba y sin gobierno—valióse como pudo. Los marineros—eran de Ragusa, a sueldo del Emperador—la abandonaron en el esquife, salvo el maestre Paulo de Fore y el carpintero. Pero Machín y los suyos, la mayoría vizcaínos y guipuzcuanos, buenos hombres de mar—y brava—taparon brechas, mal compusieron el timón, izaron como Dios les dió a entender una vela en el trinquete, achicaron sin parar el agua que hacía por todas partes—con tangartes, con gavetas, con borgoñotas, con rodelas—, y al fin, a los cinco días aparecieron en Corfú, frente a Timón, que es a la otra punta de la isla, sin poder tomar puerto, tan desbaratada estaba. Desde el castillo la vieron los vigías y avisa-

ron a Doria, quien mandó a Antonio Doria con seis galeras a su encuentro.

Al hallar a Machín, la alegría fué grande: todos le daban por perdido y era muy bienquisto por su valor y hombría. Entre las seis seis entró en el puerto, con grita y salvas de naves y castillo. «Ya no falta sino que como a santo le besen la ropa, según el alegría que todos han tenido con su venida», dice una relación. Caundo el vizcaíno llegó ante el Almirante, el viejo zorro genovés le dijo:

—Pluguiera, Capitán, a Dios, que yo fuera Machín de Monguía y vos Andrea Doria.

(Y tanto. Mejor le hubiera ido a España y al vizcaíno, pues si Machín de Monguía manda las naves del César, ni Barbarroja escapa vivo, ni los turquillos se ufanaran del triunfo de Prevesa, que todavía les dura. No fué así, y Karedín—o sea «el beneficio de la religión», según el título que le dió Solimán, cuando le hizo bajá de dos colas—rebanó el pescuezo a Machín, como se verá Dios mediante.)

Le dió doscientos ducados para ayuda de costa, y otros cien al maestre de la nao, quien harto los había menester. Aquí salió bien cierto el dicho: «Vizcaíno por mar, diablo te tienes.»

Como una pelota se echaron la culpa del descalabro Doria y los vénetos. Lo cierto es que se perdió una ocasión magnífica de escarmentar al turco. Algo había que hacer para sacarse aquella espina. Rumbearon al Norte, hacia el golfo de Cattaro: iban por Castilnovo, villeta en el fondo de aquel seno. El 24 de octubre (1538) llegaban. Dos días después echaban artillería a tierra y empezaban a batirla los españoles de Gonzaga, mientras los venecianos secundábanles desde las naves.

Españoles e italianos atacaron; los turcos—unos quinientos—, tras corta resistencia, acogiéronse a los dos castillos, Castel-di-Terra y Castel-di-Mare: no tardó mucho en seguir la capitulación, salvas las vidas. El día de Todos los Santos ya era nuestra. Los historiadores itálicos, según hacen a menudo, dicen que los venecianos se anticiparon a los hombres de Gonzaga. No hay tal, entraron a la par, ¡bueno era Don Ferrante, primo hermano de Carlos de Borbón, con el que escaló las murallas de Roma, para dejarse ganar la mano en los asaltos! Por cierto que en la función cayó el capitán Bocanegra, uno de los héroes de Prevesa, y los españoles se llevaron al repartir el despojo sesenta mil ducados, los italianos menos.

Los vénetos pidieron la plaza, pues les correspondía según las capitulaciones de la Liga. Doria no quiso dársela; aunque débilmente paliaba su desacierto de Prevesa, era, ya se sabe, autoritario sobre falso.

Y allá quedaron dos mil quinientos españoles, mandados por el maestre de campo Francisco Sarmiento, encerrados en aquella angosta atalaya, hincada por las bravas en tierra enemiga. A los doce días la armada levó anclas hacia Mesina. Reinaban temporales, un furioso «bora»—el mitológico Bóreas—sacudía el Adriático y cimbreaba los husos negros de los cipreses, que, a las noches, traslucían la triste luna de noviembre. Gracia a él se libraron de Barbarroja, que venía sobre ellos, pero tanto perdió en hombre y barcos que tuvo que entrar de arribada en Valona, haciendo rumbo en cuanto pudo hacia Constantinopla.

Doria tampoco le atacó en aquella mala hora: temió de nuevo el mal cariz del mar, según dijo. Mal compadre y traicionero es el Adriático, sobre todo cuando rola sobre sus aguas lívidas el «bora». Pero no todos creyeron tales miedos en un hombre como él. Cinco años más tarde, ambos reyes del mar volvieron a encontrarse frente a las costas lígures; entonces la flota deshecha por la procela fué la de Doria. Al instarle a Barbarroja a que le diese el golpe de gracia, Kaedín respondió sobriamente:

—No me permite mi honra atacar a un enemigo en su desventura.

Así sería, pero también es cierto que en Túnez, cuando Barbarroja huía vencido con doce galeras, Joanetín Doria le dejó escabar pretextando tenía que esperar las que su tío le enviaba para junto con las quince suyas atacarle... galeras que—era de esperar—llegaron cuando ninguna falta hacían. López de Gómara—recogiendo el rumor del ejército—dice que «si el Emperador enviara las galeras de Nápoles de don García de Toledo, y las de España que llevaba don Alvaro de Bazán (1)*, por ventura no se les fuera de las manos Barbarroja».*

El genovés y el renegado no eran lerdos; astutos y ladinos, sólo por puro azar se combatían cara a cara, sabiendo bien sabido que uno a otro se necesitaban en el ancho reino del mar, donde rigen leyes bien diversas que las de tierra. «De corsario a corsario no hay ganancias, sino muchas puñadas», y «de corsario a corsario no se ganan más que los barriles de agua», dicen los refranes; y los de ultramontes confirman la regla: Corsaires entre corsaires font rarement leurs affaires, *y otro más rotundo:* Corsaires contra corsaires ne font pas leurs affaires.

El ataque a lo halcón, lo de «barco a la vista, pólvora lista», quedaba para las presas fáciles y ricas, no para aquellas naves en las que sólo podía hallarse hierro y sangre.

---

(1) El padre del glorioso marino de Lepanto y las Terceras.

Allá quedaron, solos y no de Dios, a doscientos kilómetros largos de Brindis y doscientos cincuenta de Otranto, y con un débil y temoroso auxilio de Ragusa para abastecerse de lo que pudieran encontrar. La sagaz republiquilla, comerciaba con ellos a la chita callando, no se enterase el turco. La realidad justificaba su prudencia.

Entre tanto, la Liga se desmoronaba. Venecia pactaba bajo cuerda treguas con la Puerta, el Papa estaba sin metales; se quedó solo el César frente a Oriente. Quiso jugar la carta de la paz, pero quedaban los hombres de Castilnovo, apiñados en torno a sus banderas. Intentó ceder la plaza a Venecia, aunque luego ella se la diese al Turco. Los de San Marcos no aceptaron, y entre tanto pasaba el tiempo y ya la primavera serenaba y azuleaba las aguas del Adriático. Por su parte, el Gran Señor estaba terco: no quería tratos, primero cobrar la plaza; era para él puntillo de honra. Para él, Solimán, Comendador de los Creyentes, que en la hoja de su alfange llevaba grabado: "Victoria.»

Y Barbarroja volvió a salir con ciento treinta galeras reales y setenta galeotas; pasó ante Valona a finales de junio. Iban lentos, oteando la mar y escudriñando la costa. Aun así se les escapó Joanetín Doria, que metió un socorro de víveres en la plaza. El doce de julio llegaban las primeras naves y echaron a tierra los primeros hombres.

Pero entre la conquista y el ataque turco muchas penurias pasaron los de Castilnovo. Sobre todo de mantenencias; llegó a repartirse a cada soldado 107 granos de arroz y nueve de habas, y ¡a vivir, tropa, que hay más días que longanizas! Sarmiento despachó al capitán Luis de Haro a pedirle socorros al virrey de Apulia—es decir, de las provincias de Otranto y Bari—, Cipión de Soma. Allí toparon con Antonio Paves y Gutierre de Cetina—el poeta del madrigal famoso—encargados en Otranto y Brindis—distan sólo entre sí cosa de quince leguas—de «aparejar y proveer y embarcar los bastimentos necesarios... para provisión y mantenimiento de la gente de guerra que queda en esta tierra (Castilnova)", y también de recibir y transmitir los mensajes y avisos que llegaran.

A los dos meses, cansado de esperar, mandó a otro capitán elegido por la tropa para el caso, pues era machacón y sacudido, Pedro de Sotomayor. Tanto importunó al Señor Cipión, que le arrancó dos naves cargadas de víveres. Menos da una piedra. Con ellas volvió Luis de Haro, mientras el terco don Pedro se fué a Nápoles, sin duda a moler a su tocayo el visorrey Don Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca.

Pero Sarmiento veía venir el nublado y no estaba por ayunar cuaresma predicada por turquillos, pues ya que muera Marta, que muera harta, despachó a su alférez Garci Méndez de Sotomayor en un bergantín, con una fusta de apoyo, y orden de aferrar cuanta nave toparan carga de bastimento, fuese de quien fuese, pues la primera obligación del buen cristiano es conservar la sal del bautismo. No se lo dijo ni a manco ni a modorro; como el Adriático por lo visto andaba escaso de caza, se largó hasta Sicilia, y doblado el cabo de Musso di Porco, en la mismísima Siracusa—en el Porto Grande y a tiro del Castello Maniace—, apresó una nao de cristianos, después de dura brega en que murió el patrón, y se la llevó o su nido, donde llegó el 25 de abril: total 1.700 «estadales» o «estalas» (sic) de trigo, mucha pólvora y abundante bizcocho. Como siempre, más valió salto de mata que ruego de bueno.

Se animaron con tan buen suceso, y como el hambre aguza el sentido, hicieron otras presas con que fueron tirando y aun engrosando sus magros graneros.

Mientras Barbarroja batía la mar, el bajá de Bosnia acercose por tierra hasta media jornada de Castilnovo. Llevaba albaneses y morlacos, caballos ligeros y peones, gente irregular, más numerosa y prácticos en la tierra: pasaban de setenta mil, más diez mil gastadores.

Vigilaba con pocos soldados aquel doce de julio el alférez Garci Méndez de Sotomayor, los gastadores que hacían fagina por los huertos y campos ribereños, cuando vió turbantes en la costa. Dió aviso a Francisco Sarmiento, y allá salieron dos compañías con banderas tendidas y ganas de hacer carne. Con tal brío los envistieron que hiciéronlos embarcar y salir del puerto. A la tarde volvieron a tomar tierra en el mismo lugar. Esta vez les fué peor. Otras dos compañías cayeron sobre ellos, y pasaron de cien los muertos, más muchos heridos y cuarenta y dos presos. Los que pudieron, metiéronse en las galeras y ganaron la mar a fuerza de remos.

Por los cogidos se aclaró al lance: eran de las naves vanguardia de Barbarroja; no entendían como no estaba allí ya. No tardó mucho, a los tres días surtía frente al puerto, con toda la armada, tres mil jenízaros y doce mil de otras fuerzas. Tomada tierra, chocaron con los de Castilnovo, que les mataron mucha gente; en la arremetida murieron algunos cristianos, los primeros que caían. No hubo reembarque esta vez, y el precavido bajá de Bosnia hizo la media jornada de marras y unióse a Karedín.

Nunca viene el mal solo. El mismo día llegó el Berlebey de la Romelia, con siete sanjaques y gran caballería. Entre unos y otros, jun-

táronse sobre Castilnovo pasados de cien mil infieles, y cada día se allegaban más.

Vió Barbarroja que la ciudad era fuerte, y en lugar de obstinarse en asaltos sobre sangrientos, estériles, jugo a juego seguro, hizo defensas y reparos, desembarcó la tormentaria—cuarenta piezas gruesas y diez menores, más dos basiliscos. Eran las mismas con que diecisiete años antes batieron a Rodas, amén de las allí cogidas. Distribuyéronlas en diez baterías. Antes de abrir fuego, mandó el Beberley a un renegado, intimando a la rendición: les darían naves que los llevaran a la Apulia con todo lo suyo.

Sarmiento reunió a sus oficiales, y respondió «que él no se pensaba rendir por cosa alguna, antes pensaba morir con toda la gente defendiéndole la tierra».

A pesar de tal respuesta, Barbarroja envió a otro renegado, pidiendo hablar con el maestre, cuando y donde él quisiese. Respondió Sarmiento, muy cortés, que él no podría ir—pues lo impedían sus capitanes—, pero que le enviaba su alférez. Y allí fué Garci Méndez.

En cuanto le vió, Barbarroja le dijo:

—"¿Por qué no os queréis rendir? Dejad esta palomera a su señor. ¿Qué quiere hacer della el Emperador vuesto señor? ¿Qué renta le ha de venir della? Dejadla a cuya es, porque yo os prometo mi palabra que más ha de hacer por ella el Gran Señor que haría por Constantinopla.»

Garci Méndez no era un jactancioso, pero conocía a su gente, y respondió, curándose en salud:

—«Vuestra Alteza sepa que yo no osaré decir a mi Maese de Campo la cosa del rendir, porque pienso que por ello me mataría, ni menos él lo osara decir a los saldados, porque pienso lo mesmo harían con él.»

Barbarroja insistió:

—«Pues que ¿pensáis que he de venir a las manos con vosotros? Estáis engañados, porque yo os tomaré sin pelear, porque yo os conozco, y habéis de saber que el Emperador tiene hace veinte años un soldado viejo, y el Gran Señor, en una hora hace cargar tres mahones de pólvora. Por eso no les dejéis de decir que se rindan, que yo les haré todos los partidos que quisieren, y tornaréis esta noche con la respuesta, por donde espero que será bien para vosotros.»

Tal como el alférez suponía fué la réplica del Maestre, después de reunir sus capitanes: nada de rendición. A la noche siguiente Karedín acudió a la cita, y allá fué Garci Méndez con otros buenos soldados.

Preguntó el turco que qué había, y el otro respondió:

—«Señor, ninguna otra cosa, sino que Vuestra Alteza no les hable en rendir.»

—«Pésame, porque sé que os habéis de perder todos. Haced que yo pueda hablar con vuestro mayor capitán.»

—«Vuestra Alteza sepa que por ningún modo lo dejan salir los capitanes y gente. Vuestra Alteza me puede mandar a mí lo que su voluntad fuere, que yo se lo diré.»

—«Yo le quisiera hablar, porque yo pienso que yo haría con él que se rindiese.»

Aquí el alférez creyó que ya era hora de decir verdades, cristianos y turcos tenían razón, o por lo menos razones, de ahí el conflicto:

—«Vuestra Alteza no piense en ello, porque ya que nos rindiésemos, ¿dónde habíamos de ir sino es a Italia? Ya Vuestra Alteza sabe que no es nuestra patria, y allí no nos querrán acoger por hombres de poco valor; y si fuésemos a España, nuestros padres y parientes nos abrasarían por habernos rendido.»

Karedín comprendió que era inútil, pero aún insistió:

—«No sé que deciros más de que me pesa, porque sé cierto que vos habéis de perder; más no dejéis de hablar a vuestro mayor capitán, y mañana me tornaréis su respuesta.»

Respuesta que fué la misma, y empezó la lucha, es decir, los preparativos del sitio .La vigilia de Santiago comenzó el cañoneo, con gran destrozo de murallas y casas. Los turcos acometieron con denuedo por todas partes, pero cuando ya los de dentro esperaban con regocijo, Barbarroja les mandó retirar. Aquello era demasiado; salen los cristianos tras ellos, «les dan una mala mano» y les cogen el pendón real.

Los días que siguieron fueron de brega y afán, cañoneo y asaltos se encadenan fieramente. Caían muros y caían hombres a la lluvia de hierro y saetas, y ruinas sobre sus cabezas. Maestre y capitanes hicieron reseña de la gente: pasaban de mil los muertos y muchos más los heridos, ilesos apenas si quedaban. Pero aguantaban con ese coraje desesperado, tan ibérico; aguantaban sin ninguna esperanza.

Con la desgracia vino la traición, a cargo de dos moriscos de Valencia—o de Granada—, soldados de infantería y de un artillero esclavón. Señalaron a Barbarroja los puntos flacos de la plaza: el castillo y la casa-mata aneja. El turco, en cuanto supo de ellos todo lo que pudo saber, los mandó lindamente ahorcar. Pero siguió su consejo, que era bueno, y, según López de Gómara, llegó en el momento en que pensaba levantar el cerco. Concentró todo el fuego de sus

cañones en las maltratadas piedras. Día y noche las baticron. A la mañana—5 de agosto—, traveses, albarradas, casa-mata y castillo eran puras ruinas. Como hombres les sobraban, lanzáronse al asalto por todas partes a una. Aún hubo ánimo para contenerles, ¡y entraban, tan allanado estaba todo, a la plaza a caballo!

Karedín volvió a sus cañones, viendo caer su gente como segada por fantasmas. Llovieron pelotas de hierro: más de doce mil quinientas lanzáronles las baterías y otras tantas las naves que disparaban a la vez de veinte en veinte, de treinta en treinta. Otro duro asalto (6 de agosto) fué rechazado, pero a fuerza de fuerzas, a costa de carne y sangre. A Garci Méndez de Sotomayor sólo le quedaron vivos doce hombres de su compañía. Era el principio del fin.

El siete, corriendo sus puestos Francisco Sarmientos, le pasaron de un escopetazo los muslos. Siguió como pudo su camino, y en el castillo halló a su alférez hecho un San Lázaro, con dos arcabuzazos, magullado de pedradas y chamuscado, pero aún en pie, fijos los ojos en el otro campo; «con muy amorosas palabras, como quien bien le quería», díccle:

—«¿Cómo estáis, alférez?»

Garci Méndez le contestó:

—«¿Cómo quiere vuestra merced que esté? Estoy malcontento de ver a vuestra merced así herido, y en lo demás, en ver la mucha gente que me han muerto; y la que está viva está tan cansada que la cuento por muerta. Mas placiendo a Dios, antes questos perros hayan nuestras personas, les costará tan caro que no lo podrán pensar. Mas si la voluntad de Dios fuese que nos perdamos y vuestra merced quedare vivo, suplicos me hagáis decir algunas misas por mi ánima.»

Sarmiento, un duro espectro de hierro y sangre, «sin más podello hablar», se fué a correr sus guardias, rayado de lágrimas el polvoriento rostro.

Poco después del mediodía fué la envestida final. Con los muertos ya fríos, con los aún palpitantes, hicieron los turcos una pila en el foso para señorear los del castillo. Garci Méndez enfrente hacíales el contrapunto, pero eran más y le ganaban paso a paso la tierra. Sólo le quedaban siete hombres. Se le acercó un cabo de escuadra, viendo la riada turca:

—«Señor alférez, ¿qué quiere hacer aquí? No somos parte para ninguna cosa, retirémonos a alguna parte por ver si tuviéremos lugar de poder dar algún remedio a las ánimas, porque de los cuerpos no hemos de hacer cuenta.»

—«Pues os parece, retirémonos—contestole—; yo tengo de entrar en mi estancia por ver si hallare a mi hijo.»

Ya se le habían llevado los turcos. Salió desesperado, frenético. Como pudo arribó al castillo de abajo—Castel-di-Mare—; recogiendo los hombres dispersos que combatían rabiosamente por sus vidas.

Cuando llegó al fin de aquel viacrucis—la puerta del castillejo de la Marina—, halló a Sarmiento muy mal herido, con dos capitanes, Juan Vizcaíno y Sancho de Frías y una menguada piña de soldados tan maltrechos como él. Aún tuvo bríos el Maestre para mandar a su alférez les diese un Santiago. Así lo hizo con un puñado de hombres, a la desesperada, y los rechazó hacia la plaza. Pero eran tantos y tan pocos y cansados que, rehechos, los aventaron cual pavesas: volvió con sólo cuatro; los demás, muertos o heridos, quedaron bajo los pies de los turcos. No pudo entrar, deshecha ya la puente de madera que salvaba la cava. De dentro, desde una ventana, les echaron una cuerda, y por ella subieron. Quiso el alférez ir por los que afuera quedaban; impidiéronlo los soldados, pues veían acosado el castillo por toda la furia de los jenízaros.

Sarmiento, entre tanto, afrontó la borrasca: vió la tierra perdida y los más de los suyos muertos, «quiso antes tener compañía a los muchos en la muerte que no a los pocos vivos en nombre de esclavo», y se metió entre los turcos jugando la espada como un doncel; no lejos, Juan Vizcaíno le seguía el son a tajos y estocadas. Cercáronle unos nobles jenízaros, y uno «que habla latino» le gritó:

—«¡Rendíos, señor, no queráis morir tan míseramente!»

Sí, quería, y siguió dando en ellos. Al otro, que luchaba a lo lobo, le asestaron un golpe de espada en la cabeza «que le hizo desatinar»: se fué hacia el Maestre y abrazó. Y abrazados murieron. A los demás, hiciéronlos pedazos.

Todo estaba perdido. Machín de Monguía, Millán—alférez de Juan Vizcaíno—y el genovés Miguel Esteban Buzalín descolgáronse por una cuerda y se fueron hacia la marina «por darse a algún noble turco».

Los llevaron ante Barbarroja, quien, enterado del lance del castillo y para salvar los que quedaban, dió quince mil ducados a los jenízaros, que querían llevarlo todo a fuego y sangre. Envió a correprisa un renegado con orden de que sólo a él se rindiesen. Y así lo hicieron—a más no poder—salvas las vidas. Eran cosa de trescientos entre soldados, sus mujeres e hijos, mercaderes y mozos; otros tantos tomaron fuera.

Mandó llevasen a su galera a los capitanes y gentes de categoría:

allí fueron Luis de Haro, Marquesa, Ruy Díaz Cerón, Machín de Monguía, Garci-Méndez y Jeremías, Obispo de Castilnovo, quien durante el cerco cumplió como bueno. Al saber estaba allí Machín de Monguía, quiso verle, y al preguntarle si era verdad lo de Prevesa y que ahora le había hecho tanto daño con la artillería, el vizcaíno se irguió, díjole que sí, y con arrogancia—según Andrea Doria en su informe—agregó que si en la de Prevesa los venecianos hubieran cumplido como buenos y peleado cual querían los de la armada del Emperador, «que no tuviera en mucho Machín de Monguía de tener en prisión a Barbarroja, así como Barbarroja lo tenía a él». Barbarroja—dicen—se sulfuró, y lo cierto es que allí mismo mandole cortar la cabeza, haciendo lo propio con el antiguo capellán de Doria, el Obispo Jeremías. A Lázaro, capitán de Albaneses, a Francisco de Baeza, buen soldado español, y a un cabo de escuadra de la Compañía del borgoñón monsieur de Guisán les envió a Constantinopla para que contasen al Gran Señor la rota de Castilnovo.

Viendo tan pensativos a los capitanes cristianos, díjoles Karedín:

—«¿Por qué estáis tristes habiéndome hecho el gran daño que me habéis hecho por ganaros una palomera rota?»

Era cierto. Doce mil turcos—jenízaros en su mayoría—quedaban muertos ante aquellas ruinas, amén de nueve mil gastadores.

López de Gómara peca de injusto al decir que desde entonces nos perdieron el miedo los turcos. Al contrario, las palabras de Karedín a los capitanes vencidos fueron voz popular en las tierras del Gran Señor. El autor del «Viaje de Turquía», un Maese Reparos que todo lo español lo encuentra siempre mal, dice «que después que en el mundo hay guerras, nunca hubo más valerosa gente»; y que, no obstante los diecisiete años pasados (cuando él escribía), su recuerdo permanece vivo entre los turcos, quienes la ponen por encima de la terrible defensa de Rodas por los Comendadores de San Juan.

Los soldados cautivos fueron pocos, y casi todos malheridos. Los capitanes y gentes de nota los envieron a Constantinopla, a los demás los echaron al remo en las galeras. Meses después—en junio del 40—Joanetín Doria, al apresar a Dragut en Córcega, libertó a algunos que iban de forzados. En el mismo año, cuenta López de Gómara, que estando en Venecia con el Embajador don Diego Hurtado de Mendoza, se presentaron a éste seis soldados de Castilnovo: trabajaban como esclavos en Constantinopla, y yendo a Pera en una barca, torcieron hacia los Dardanelos con la muerte en los dientes. Hallaron un navichuelo cargado de trigo, y con un hierro y los remos le asaltaron, huyendo a nado los dos marineros que le cuidaban; picaron

el cable del áncora e izaron velas lo mejor que supieron. Llevóles su ventura a Sabenico, cerca de Zara, en la costa dálmata. El corregidor veneciano tomoles barco y trigo y dioles vale a cobrar en Venecia. Tras muchos pasos, no les dieron nada, so color de no malquistarse con el turco, sólo unos dinerillos con que se vistiesen y se fueran al Milanesado, con los españoles del Marqués del Vasto.

Estos, un renegado vizcaíno, los muchos que rescató Hernando del Rincón y otras personas, dijéronle a coro a Gómara que la mayoría de los prisioneros habíanse ya escapado, y que por ello los daban a ocho y diez ducados de rescate, y en el interín los llevaban tierra adentro, lejos de la marina.

Un lustro después, noventa y cinco se fugaron de Pera en la mismísima galeota que iba a llevar a Argel a Hazán, hijo de Barbarroja, elegido rey de allí, y aportaron a Mesina, vísperas de San Juan. Pocos, muy pocos debieron de ser los que el incierto autor del «Viaje de Turquía» dice haber visto en Constantinopla, aunque se le antojaran «muchos pobres españoles dellos, que aún estaban allí».

Doria quiso quitar hierro a la cosa, y como no se paraba en barras cuando le convenía, disminuyó las fuerzas turcas y mucho más las pérdidas; habló de la impericia de Sarmiento al no fortificarse bien, pues tiempo tuvo; de divisiones y enemigas entre los capitanes; de la gran provisión de bizcochos que en la plaza había, como si él lo hubiera ido a ganar por esos mares... No consiguió enturbiar el agua: héroes eran y héroes quedaron para cristianos y turcos. Un caso entre tantos les pinta: Maldonado—pica seca o arcabucero, tanto monta—tenía pendiente un desafío en Lombardía; pidió permiso para acudir, y se lo negaron. Descolgóse por el muro y en una barquilla cruzó el Adriático—cuarenta leguas de mar largas—; llegó a Italia presentóse en el campo más galán que un mayo, y murió en el lance. Jerónimo Ximénez de Urrea cuenta el sucedido, reprobándole en su «Diálogo de la verdadera honra militar».

Pocos años después, Gutierre de Cetina, que tanta relación tuvo con ellos, visitó el campo y ciudad de Castilnovo; aún blanqueaban entre viñas, huertas y ruinas los huesos de los infantes españoles, y tradujo su viril emoción en este soneto de duros versos y tensa alma:

Ni la alta pira que de César cierra
las reliquias soberbias en el suelo,
ni aquel famoso templo por quien Delo
vivirá siempre en cuanto el mar encierra;

ni todos los honores que en la tierra
pueden de gloria alzarse en alto vuelo,
os dieran tanto honor, héroes del cielo,
cuanto os dan estas piedras y esta tierra.

De huesos de enemigos mayor pira,
de los vuestros a guisa de trofeo
se muestran fabricando, fabricastes

el templo que a los otros más admira,
y el honor muy más grande que el deseo,
Cristo os lo dió y vosotros lo ganasteis.

Luys Santa Marina.
Plaza Medinaceli, 1.
BARCELONA

Carlos V a caballo.
Bajorrelieve fechado en 1522.

Hans Daucher.
(Colección Hans Hang. Strasburgo.)

El Emperador Carlos V.
Grabado en cobre (21,1 × 13,9 cms.).

Barthel Beham.
(Museo Nacional Germano.
Nuremberga.)